



RAGNAR JÓNASSON

EL CRIMEN DEL FIORDO

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

El crimen del fiordo

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Vetrarmein*

© Jónasson, Ragnar, 2020

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción al inglés, David Warriner, 2020

© por la traducción al español, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapas: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-322-4398-1

Depósito legal: B. 14.880-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1

—Policía. Ari Thór Arason al aparato.

El operador de emergencias fue directo al grano:

—Acabamos de recibir una llamada de Siglufjörður. ¿Eres tú quien está de guardia?

En el verano de Siglufjörður, cuando apenas se ponía el sol, la noche y el día casi eran lo mismo. Faltaban solo un par de meses, y Ari Thór contaba los minutos para que llegara: aquella era su época favorita del año, cuando las largas horas de luz le hacían sentir que nada era capaz de detenerlo. Lejos quedaban la oscuridad y la nieve que cubrían la ciudad en invierno.

Estaba totalmente despierto cuando sonó el teléfono. No podía dormir, por más que lo intentara.

Seguía usando la habitación grande de la casa de la calle Eyrargata, la misma que había compartido con Kristín y Stefnir antes de que ella y el pequeño se mudasen a vivir a Suecia.

Le había costado adaptarse, pero las tormentas de nieve y los días sombríos ya no le causaban la misma sensación de claustrofobia que cuando se había trasladado desde Reikiavik. Tampoco añoraba su antiguo hogar.

Durante los últimos años, Siglufjörður había experimentado los efectos de la nueva época de bonanza que recorría el sur de Islandia tras la crisis financiera. Los turistas, llegados de todas partes del mundo, acudían en masa al pueblo en verano, y en invierno era el turismo nacional el que tomaba las pistas de esquí locales; eran especialmente populares en Semana Santa, y ahora, a las puertas de un puente, parecía que iban a estar muy concurridas.

Ari Thór sobrepasaba ya los treinta años y, sin embargo, en cierto modo tenía la sensación de que seguía en el punto de partida. Vivía solo y no veía a su hijo más que de Pascuas a Ramos, y a esas alturas ya no creía posible salvar su relación con Kristín; habían agotado todas las opciones, por así decirlo.

Lo cierto era que se había instalado en una rutina cómoda y no estaba seguro de querer perturbar ese ritmo. Después de años aspirando al puesto de ins-

pector en Siglufjörður, por fin le habían ascendido, así que ahora estaba al mando de la comisaría. Antes o después tendría que plantearse si iba a dejarlo ahí o intentaría trepar más alto en el escalafón; no obstante, sabía que eso sería difícil si se quedaba en el pueblo, porque, aun dando la talla, no había superiores cerca para tomar nota de ello.

Tómas, su antiguo jefe de Siglufjörður, lo había animado en su día a seguir su ejemplo y mudarse a la capital con la promesa de que allí lo recibirían con los brazos abiertos, pero hacía ya tiempo desde la última vez que lo había reiterado y Ari Thór no sabía si la oferta seguía en pie. Además, Tómas ya se iba acercando a la edad de jubilación y, una vez retirado, no le quedaría ningún aliado en las filas de la policía de Reikiavik. Si esa ventana se cerraba, se quedaría atrapado en el norte, quisiera o no.

Esas eran las preocupaciones que le acechaban sobre todo en plena noche, como en ese momento; cuando salía el sol, siempre se las arreglaba para ahuyentarlas y seguir adelante, aunque sabía que tarde o temprano tendría que tomar una decisión. A lo mejor la conclusión era que ya estaba donde quería estar... En cualquier caso, aún debía meditarlo a fondo.

De todos modos, estaba claro que durante el puente de Semana Santa no iba a tener tiempo para darle vueltas al asunto, porque le esperaba una gran

alegría: venía el pequeño Stefnir. Había cumplido tres años las pasadas Navidades, pero Ari Thór se había perdido todas las celebraciones.

Unos seis meses atrás, Kristín por fin había decidido embarcarse en los estudios de posgrado en Suecia. Ari Thór la comprendía perfectamente; Islandia proporcionaba una excelente formación en medicina general, pero, como muchos médicos, ella quería especializarse; al fin había llegado la hora de dejar de posponerlo y perseguir su ambición, y eso significaba estudiar en el extranjero.

Tras tomar esa decisión, los dos se habían reunido para hablar del futuro de Stefnir. Kristín había propuesto que su hijo la acompañara «al principio» y que más adelante ya valorarían otras opciones; ella prometió volver a Islandia durante las vacaciones de Navidad y de Semana Santa, y tan a menudo como fuese posible; además, Ari Thór tenía intención de pasar las vacaciones de verano en Suecia. No había puesto pegas incluso a pesar de que ver tan poco a su hijo le parecía una perspectiva terrible; no quería andar a malas con Kristín.

Intentó acomodarse mejor en la cama, se dio la vuelta sobre el otro costado; necesitaba dormir. Mañana —«No, hoy», se corrigió— era Jueves Santo y le tocaba guardia, pero luego ya estaría de vacaciones de Semana Santa. Kristín y Stefnir llegarían por la noche.

Eran casi las tres de la madrugada y ya llevaba más de dos horas dando vueltas en la cama.

Al final, admitió su derrota y se levantó.

«¡Maldita sea!» No podía permitirse una noche en blanco; ahora no, justo cuando se suponía que debía estar listo para disfrutar del tiempo con su hijo. Sin embargo, las preocupaciones solo alimentaban el fuego de su insomnio, y ya no sentía ni una pizca de cansancio.

En el dormitorio había unas cuantas estanterías bajas con libros viejos que ya estaban en la casa cuando entró en ella; libros que los anteriores propietarios no se habían molestado en llevarse. A veces, Ari Thór les echaba un vistazo, más que nada por si eso le ayudaba a dormir, y ahora no se le ocurrió otro remedio mejor. Escogió un libro al azar y volvió a tumbarse en la cama.

Por mucho que lo intentara, no podía librarse de una sensación de inquietud ante el puente en ciernes y el hecho de que, por primera vez, iba a confiar el mando de la comisaría a su subordinado, Ögmundur, un recién graduado de la Academia de Policía que daba sus primeros pasos en el norte y que todavía estaba muy verde, aunque había que reconocer que le echaba ganas.

Desde que asumió el cargo de comisario de policía, Ari Thór había tenido que confiar en suplentes, enviados desde Ólafsfjörður o Akureyri, o en personal contratado temporalmente; nunca se trataba del mismo agente de un caso al siguiente. Pero, por fin,

le habían concedido presupuesto para un agente fijo. Había habido varios solicitantes, algunos incluso con considerable experiencia, y, sin embargo, Ari Thór se decidió por uno recién salido de la academia.

A pesar de sus diferencias, veía algo de sí mismo en Ögmundur. Recordó cómo, a su llegada a Siglufjörður, Tómas le había enseñado cómo iba todo. Ahora las tornas habían cambiado y Ari Thór era el oficial curtido que ponía a prueba al joven novato. Debía admitir, sin embargo, que le había costado construir con Ögmundur la misma relación que Tómas había construido con él, aun cuando la brecha de edad era menor entre ellos.

Tras un buen rato y un sincero intento de quedarse dormido con el libro, Ari Thór volvió a levantarse de la cama y bajó por las viejas escaleras hasta la cocina, donde se bebió un vaso de agua y tomó un poco de pescado seco mientras hojeaba el periódico del día anterior. No había nada nuevo, solo los mismos refritos; lo único más o menos interesante era la predicción meteorológica, que pronosticaba un empeoramiento del tiempo en el norte pasada la Semana Santa. Es lo que tiene el invierno aquí arriba: nada más salir de una ventisca, hay que prepararse para la siguiente.

Era un fastidio no poder pegar ojo; le esperaba un día difícil por delante si la cosa seguía así.

Ari Thór estaba de guardia, pero la mayoría de las

veces las calles de la pequeña ciudad quedaban desiertas durante la noche y la comisaría era un remanso de paz. Por norma, las únicas llamadas eran quejas sobre borrachos que hacían demasiado ruido en su camino de regreso a casa.

Ya se había vuelto a meter en la cama, aunque seguía absolutamente despierto, cuando sonó el teléfono.

—Un transeúnte se ha topado con una joven tirada en la calle; parecía muerta. Hay una ambulancia en camino —dijo el operador de emergencias; su voz sonaba serena, aunque resuelta.

Ari Thór salió a toda prisa al pasillo y luego bajó las escaleras, mientras sujetaba el móvil entre la mejilla y el hombro.

—¿Dónde?

—En la calle Adalgata.

La calle principal.

—¿Quién la ha encontrado?

—Un tal Gudjón Helgason. Ha dicho que iba a esperar allí a la policía.

El nombre no le resultaba familiar.

Dos minutos más tarde, ya estaba en la calle con el uniforme puesto. El jeep patrulla estaba aparcado al lado de la comisaría, como de costumbre; Ari Thór vivía a un tiro de piedra de la calle principal, así que no tardaría mucho en llegar a pie.

Era una noche fría y sin viento, y el cielo estaba estrellado. Allí arriba, la naturaleza siempre era salvaje y desenfrenada, pero en esa época del año había algo no solo más oscuro, sino de alguna manera más abrumador y distante.

Ari Thór llegó al lugar de los hechos al mismo tiempo que la ambulancia y, al doblar la esquina y entrar en Adalgata, la terrible escena se desplegó ante sus ojos.

Junto al bordillo de la acera, una joven yacía sobre un charco de su propia sangre, con el cuerpo retorcido en una posición antinatural de modo que resultaba evidente que había caído de una altura considerable. Tampoco se necesitaba a ningún experto para certificar que estaba muerta. Parecía que toda la sangre procedía de su cabeza; seguramente se había roto el cráneo.

Conforme se aproximaba, se dio cuenta de que probablemente era aún más joven de lo que había creído al principio. Quizá solo una adolescente. Contuvo el aliento al ver su rostro.

«Joder.»

La chica tenía los ojos abiertos de par en par, como si los tuviera clavados en la nada; su mirada se perdía en la distancia.

Ari Thór supo que esa visión lo acompañaría durante mucho tiempo.